



LAS ALDEAS DE LA LUNA.

JOSE L. DE LA MATA

DONOSTIA 18 OCTUBRE 1990

Alcanzamos el cénit de la noche. Es tan difícil conservar las leyendas épicas del día: poco a poco, bajo ese boque lácteo de la luna de que hablaba Dylan Thomas, la lírica del insomne, del paseante, del abandonado, del que espera, del que busca, del que sueña, del que llora, del que llama, del que ama, del que se ahoga, del que nace, del que muere, del que teme..., la lírica del bebedor solitario y de la mujer habitada se hacen lugar y expresión concreta.

El sol es ya un pasado borroso o un futuro incierto. Ayer como tiempo consumido, vida consumida, sin nada que destacar. Mañana, como un eslabón más de la cadena que tampoco se distinguirá. Duerme el niño con sus estremecimientos tibios y el hombre aprieta sus rodillas contra el pecho y la mujer mira el vacío de las sombras en la oscuridad. Es el cenit de la noche, cuando las aldeas de la luna diseñan una nueva geografía humana, cuando las calles de la luna se llenan de noctámbulos, insomnes, nocherniegos, vividores de buen y mal son, de éticos y peripatéticos, de chulos y tirados, de misóginos y donjuanes domesticados, de solitarios, de borrachines ocasionales o pertinaces, de confidentes y paseantes, de descubridores y ojeadores, de ocasionales amantes, de quienes gustan de escuchar distintos los sonidos y las sombras de las cosas de su aldea.

Es la noche, en las calles de las aldeas lunares. En las horas del "no me olvides" o "ya nada quiero saber de tí"; en las horas en las que el vientre queda yerto o se despliega, como un volcán, en series continuadas de estallidos; son las horas en las que el último café caliente, con la taza de siempre templando las palmas de las manos, centra la melancolía de un gesto de soledad o consuela el temblor del llanto de la pena; es la noche, en las horas limpias, sin desorden, sin sudor, con las sábanas subrayando la geométrica arquitectura de los cuerpos distanciados. Es la noche, en las horas lentas, cuando las imágenes del pasado nos someten tan hondamente que parece carecer de sentido todo el presente y no poder esperar ya nada del futuro. Es la noche. Y en las aldeas de la luna, mujeres y hombres, fantasmas y sueños, recuerdos y deseos, despliegan su compleja variedad.

Es la noche, en las aldeas de la luna, con el aire salado de la mar entretenido en los callejones, con el olor a pan suspendido por debajo de una persona a medio cerrar. Es el sonido de las hierbas sosteniéndose contra las rocas y de las colinas ascendiendo mistericas y, sin embargo, próximas. Son las sombras descompuestas, cubistas de las macetas en las ventanas y los balcones y un gato que como la esfinge observa el acontecer inútil de todo. Es la noche, en las aldeas de la luna: acércate viajero y nada temas, porque nada hay de más y porque, en todo caso, nunca podrás impedir que sea lo que haya de ser. Acércate y recorre tranquilo la arena, dejando que el agua moje tus pies, que la luz de luna y la brisa limpien tu sudor. Ya no retengas tus sueños, porque

temas mirada indiscreta o reprobadora. La noche puede ser hasta compañera...

Escucha, si puedes, las casas que cuentan las historias de sus moradores. El remo rendido, en una esquina del muelle. Y bajar, desde muy alto, un vientecillo que, a veces, trae testimonios de los vientos y las fuerzas salvajes. Por la Calle de los Marineros Muertos baja, macheteando la piedra, el alma de una ginebra, un tajo en el vientre, un grumete enredado en las algas, la voz de Antton Enceiza que pide lo busques y lo lleves a puerto, que se perdió tan joven que no conoció mujer. Y otro parloteo, por si se escuchó o no al buho. Y un periquito imita la llamada de una sirena. Y encuentras el gesto cansado y el jalar de redes y un griterío de sombras que nunca llega a luz. Por la vereda de la calle de los Marineros Muertos, una niña muerde su manzana y canturrea: "Dulce cae la lluvia sobre Ragoon,/dulcemente cayendo/donde mi opaco amante descansa./Triste es su voz que me llama/tristemente llamándome/cuando gris asciende la luna./ Amor, escucha cuán suave,/ cuán triste su voz siempre me llama,/ siempre sin respuesta,/mientras oscura la lluvia cae,/ahora como entonces...".

En las aldeas de la luna, la calle de las Madres Virgenes. ¡Ay, ese ritual de doblar bien las ropas, de pasos austeros, de manos quietas sobre el embozo de las sábanas, de ropas íntimas siempre negadoras de la verdad del cuerpo! ¿Te acuerdas de mí? ¡No, apartate! ¿Qué habría podido ser...? Vivo feliz. Mentira. Vivo tranquila. Apenas es válido. Nadie me dá zozobras. Nadie descubre tu escalofrío: ¿no escuchas? "Cielo sin pájaros, crepúsculo marino/ y una sola estrella traspasando el oeste,/como tú, tierno corazón recuerdas,/tan tenue, tan lejano, el tiempo de amar./Suave mirada de jóvenes, limpios ojos/cándida sien, perfumado cabello al caer,/como ahora, a través del silencio/el crepúsculo del viento cae./¿por qué entonces, al recordar aquellas/esquivas, dulces tentaciones, te quejas, si el amor que él te dió con un suspiro/no era de nadie más sino tuyo?".... No temas buscar tu vientre y explorar la soledad de tus caderas. Deja un instante de ser el oído vigilante de los demás y vuelve a tí tu propia voz. Permite dejarte escuchar. Sólo eso: dejarte escuchar. Porque acaso, puedas ir a la ventana y acurrucarte hasta estrechar las rodillas contra tu pecho y permitir que la luna te infunda otra cordura.

Son las aldeas de la luna, con sus calles distintas. Calles que iremos recorriendo, en sus músicas, sombras, personajes, sueños, calles que vosotros recobraréis a poco que os olvidéis de vuestro papel de día y dejéis que vuestro ser de lunáticos emerja. Para que podáis no sé si conoceros mejor, pero sí para poseeros un poco más profundamente. Y aquí os dejo una manzana irlandesa, la manzana de un lunático irlandés llamado **JAMES JOYCE**:



HOJAS

*O bella bionda
sei come l'onda!*

*Con fresco, dulce rocío y tierno
brillo, la luna teje una trama
de silencio, en el pacífico jardín
donde una niña recoge
sencillas hojas de hortaliza.*

*El rocío de la luna estrellas
le pone en su pelo que cae,
y la luz lunar besa la jóven sien,
mientras recogiendo hojas canta:
"Tan hermosa como la ola es,
tan hermosa eres también tú".*

*No te dejes arrastrar,,
sé mio, te lo ruego, oído
y no escuches y me cubras
de su canción ingenua y sea mio también
un corazón, para que pueda guardarlo
de quien hojas recoge a la luz de la luna.*

(JOYCE)

RITSOS, UN POETA PARTISANO.

JOSE L. DE LA MATA

DONOSTIA 16 NOVIEMBRE 1990

Compañeros de la luna, las noticias de la prensa nos lo han querido presentar como muerto, en la melancolía de un derrumbamiento supremo. Cuando, para un griego, la catástrofe es un reubicamiento universal. Dicen que decía, "he sido el poeta de una sombra", cuando moría. Y ahí lo desconozco absoluto, al muy amado Yannis Ritsos. Presiento que estas noches, la música de Theodorakis estará desolada, porque la gente de los barrios, de aquellos barrios que él tanto cantó, rezará las viejas sonoras estrofas y afirmará que el poeta habrá caído, con el corazón partido, hacia la izquierda. El viejo macarra del Pireo volverá a hacer sonar en su pick up el fox trop de su baile de juventud. La barquita seguirá yendo y trayendo niños loquitos al manicomio que está al término de las aguas negras y los niños seguirán preguntando toda la eternidad, cuando vuelve papa. En las tabernas, hombres de ojos verdes melosos dejarán las flores sobre el mantel y las mujeres de vientre agitado, se esconderán en las oscuridades de las ingles y de muchos lugares surgirá el rebetikos que acompañe el tránsito del hermano, el padre, el amante, compañero, poeta, combatiente, patriota, rebelde Yannis.

Aquel Yannis que nadie quería creer, cuando hablaba de su último oficio: **"Este es -dice- mi último oficio un pañuelo/campesino, grande, con cuadrados azules y blancos./Lo despliego, lo pliego, limpio mi sudor/ o mis ojos algunas veces. Reuno aquí mis propiedades/pocos libros, una butaca, mis pitillos, el mechero/ el espejo aumentador de afeitar, y el otro, el que disminuye/ cuando es preciso que mire cosas desagradables,/o aquellas otras que las llaman imposibles./En este pañuelo,/ justo en el medio hay un agujero. Por él,/las noches más oscuras, entra el místico pájaro/ mi paájaro, salta a mi hombro o a mi rodilla/ y me da de comer con una espiga, con una estrella o con un/gusano."**

Y que nadie quería creer, porque era el mismo que había escrito mucho antes: **"Día a día quedaba desarmado.Primeramente se quitó los vestidos/ más tarde la ropa interior, luego la piel/y después la carne y los huesos hasta que al final/quedó esta sencilla sustancia cálida y limpia/que él mismo, invisible y sin manos, modelaba/haciendo pequeños cántaros, poesía y personas/Y es posible que entre ellas estuviera también la suya propia"**.

Yannis Ritsos ha vivido en una tierra y unos tiempos de polaridades singulares. Nació en el Peloponeso, tierra de guerreros y caballos, de muchachas rubias y fuertes, de danzas vestálicas y tuvo la madre y una hermana muertas de tuberculosis y él mismo conoció este azote en sus pulmones. Fué heredero del mayor poeta griego de comienzos de siglo (Kostis Palamás); sin embargo, sus canciones, sus poemas sirvieron para expresar el dolor y la exaltación, el amor y el odio, la soledad y la resistencia, la lucha, la agonía y la liberación de todo un pueblo. Que lo cantó en sus tabernas y plazas, en los libros y panfletos, en las marchas de los guerrilleros



y en las cárceles, en las manifestaciones y en los patios de vecindad. Enfermo y combatiente. Activista y partisano. Dolorido cantor de su hermana loca y prisionero de cárceles y campos de concentración. Combatió a los alemanes y a los ingleses, a las fascistas griegas, a los filoturcos, a los coroneles. Guerra y poesía. En la polaridad de esa Grecia mítica, perdida, romántica y de una Grecia saqueada, hambrienta, solar del militarismo turco, campo de ruinas del turismo inglés. Grecia de las terribles canteras y de la tierra que no se puede arar porque dá más piedras como estatuas que espigas. Grecia azul, de cabra pobre, prieto pan y aceituna negra. Grecia del hambre y del ansia de vivir..

"Epitafio" es la primera gran obra de Ritsos (1936): en Salónica, los trabajadores del tabaco iniciaron una huelga que se saldó con varios muertos. "Epitafio" es el llanto de una madre por su hijo muerto. Un llanto que llevó al tirano Metaxas a quemar públicamente el librito; unos poemas que Theodorakis musicaria y que se convertirían en dardos populares contra la represión. **"Un día de mayo teme vas, un día de mayo te/estoy perdiendo,/primavera hijo, que ambas y subías por encima/del alto descampado y mirabas sin saciarte/ordeñando con tus ojos la luz del universo./Y con tu dedo me indicabas uno a uno/todo lo tierno, todo lo bueno, lo nebuloso/y lo rosado./Y me indicabas la mar brillando allá como cristal/ y los árboles y las montañas en azulados tules/Y los pobrecitos, los pequeños pájaros, hormigas, matorrales/y aquellas piedras, diamantes sudando al lado del botijo/. Pero, hijo, aunque me indicabas astros y lejanias/los veía yo más brillantes aún entre tus ojos azul marino./ Y me contabas con tu voz dulce, cálida, viril,/ tantas que ni las piedras de la playa pueden alcanzar./Y me decías, hijo, que todo eso, lo hermoso, sería nuestro./Y ahora te apagaste y se apagó la brillantez y nuestro fuego.../ ¿Cómo volver sólo a nuestra desierta choza? Cayó la noche en plena aurora y no veo el camino".**

Desde la carne desgarrada al alma que va evocando sus propios renacimientos de mujer, "Epitafio" representa el alarido y el llanto, el quejido y la perplejidad, el encuentro y la negación. **"Todo a mi lado lo traías, nubes, pájaros y estrellas/ y me parecía que con mover mi mano, lo cogía./... Así, de pié, me parecías padre del mundo entero/y de nuevo tan ligero como la luz y el vientecillo./Así te admiraba yo, árbol, mozo fuerte, y temblaba temiendo/que un aliento de viento te llevara al cielo... A mí, sin gracia, me embellecias y así ignorante- mira-/en tu mirada estaba leyendo el abecedario de la vida./Y aprendía desde el comienzo, lo mejor de todo lo sabido/ lo contaba todo a mis dedos y les encontraba uno./Una la tierra y el cielo, la luz, el barro, la violeta/y este uno eras tú y de nuevo tú eras el todo./ Deseaba recordar dónde los conocí, dónde los ví, dónde y cuándo,/ y así asomada, dando de comer a las gallinas al atardecer./Sentía por encima de mí la honda cúpula respirando/ y las estrellas como si me peinaran con peine dorado..."**

Y entre el quejido apenas por la queridísima hermana (**"Vuelve hermana querida/a la pequeña Belén/que nos hizo bellos y humildes/...y yo/me quedaré para siempre a tu lado/para cantarte/ en las tardes de verano"**) y los momentos fulminantes de la ocupación nazi, Yannis llamará a la Resistencia con su voz más clara y comprometida: **"subieron al monte con las ropas hechas girones;/con viejos trabucos, sin pan en**

las mochilas, sin balas en las recamaras;/habían caminado meses y meses sobre piedras extrañas. No abras la puerta, aunque azote el calor. La luna es el casco del soldado alemán./ Solamente los muertos tienen libertad para circular por las calles, escucha sus pasos...". El título del libro es ya todo un manifiesto, "**EL ULTIMO SIGLO ANTES DEL HOMBRE**".

"Descendían con guerreras rotas, con fusiles viejos, sin pan en la mochila ni balas. Sólo con pequeños ríos furiosos cerraban sus pasos trás ellos. Habían andado meses y meses por desconocidas piedras, por la nieve junto con sus olivos y sus viñedos, uno dejó allá arriba un pié, una mano, otro un gran trozo de su alma, cada uno de ellos uno o más muertos. Luego, volvieron con las heridas y miembros congelados, enterraron sus fusiles en las rocas, en la nieve, en los huecos de los árboles, en el corral, entre tejado y techo, en el oscuro trastero que sale por la parte de atrás de la noche con un pequeño candil de aceite de paciencia. Crugía la puerta cerrada igual que los dientes por el frío. La nieve se derretía. Bajaban grandes ríos dentro de la noche junto con huesos, gorras militares y banderas rotas. Las ventanas cerraban sus ojos. Los cristales no lucían como ojos ciegos. Miraban hacia adentro".

Yannis Ritsos no ha podido ser sólo poeta de una sombra. Basta recordar aquella maravilla de poema "Antinatural florecimiento" con el que supo, una vez más, denunciar la miseria de la extorsión represiva. **"Quería gritar, ya no aguantaba. No había nadie para escucharle, nadie quería escuchar. El mismo temía su propia voz, la ahogaba en sus adentros. Su silencio se ahogaba. Pedazos de su cuerpo saltaban al aire. El los recogía con mucho cuidado, silenciosamente, los colocaba de nuevo en su sitio, cerrando los agujeros. Y si encontraba por casualidad una amapola, una amarilla azucenita, las recogía también, las colocaba en su cuerpo como partes suyas, así de acribillado, extrañamente florecido" (1970).**

Que los caminos de la luna le sean propicios al buen griego Yannis.

Cuando la noche alcanza su cénit y el sol queda como un futuro incierto, como una posible carga, como un inabarcable tránsito o una breve esperanza, los manantiales lunares espejan el encuentro. Pierde la tierra sus leyendas épicas y el espíritu que ha sido retorna como una sombra y los noctámbulos se asoman a su insomnio, a su sueño, a su miedo, a su soledad, a sus encantos o desencantos. Pobladores de la noche, ágiles corredores de las calles, aldeas de la Luna, miradores de las olas, encantadores de los animales del bosque, solitarios tráfugas del lecho de la costumbre, bebedores melancólicos, soñadores esperanzados, enamorados, desamados. Niños de carnes rosa y cálida, hombres pálidos, mujeres temblando con el cabo del último nudo entre las manos.

Bosque lácteo de la noche, que diría Dylam Thomas. Bosque de luminarias de la noche. Aldeas de la luna, donde las calles conforman el mundo imaginario y fantasmático de toda nuestra humanidad.